

Diógenes

Noticiario

SIETE CUENTOS CHILENOS

La Secretaría de Educación Pública de Méjico, encargó al escritor Luis Enrique Délano, la preparación de una antología de cuentistas chilenos, para ser publicados en uno de los pequeños volúmenes que publica semanalmente la Biblioteca Enciclopédica Popular, integrada con textos de carácter histórico, filosófico y científico que alcanzan una amplia divulgación en ese país. Délano, al cumplir su encargo, escribió un breve prólogo en el cual da una noticia muy somera del nacimiento y evolución del cuento en Chile. Copiamos de ese prólogo la parte más sustancial, en que se refiere a las razones que tuvo para seleccionar a los autores que incluye.

«Al cumplir el honroso encargo—dice Délano—de la Secretaría de Educación de Méjico, de preparar esta Antología, he procurado que los cuentos seleccionados presenten aspectos diferentes de la existencia chilena, al mismo tiempo que constituyan trozos de los más representativos de sus autores. La natural limitación del espacio no me ha permitido incluir a muchos autores de alta y verdadera calidad como Federico Gana, Olegario Baeza, Manuel Rojas, Alberto Romero, José S. González Vera, Tomás Lago, Diego Muñoz, Francisco A. Coloane y otros. Ojalá alguna vez me sea dado preparar una obra más completa donde presentar a todos ellos como legítimos maestros del cuento chileno.

«El Chiflón del Diablo» de Baldomero Lillo, nos muestra una fase trágica de la vida en las minas de Chile que Lillo conoció profundamente y pintó en un libro entero, «Subterra», del cual he tomado este relato.

«El provincia», de Augusto D'Halmar, pinta una situación psicológica de apagadas gentes sin perspectivas; acaso sea este uno de los relatos mayormente representativos de la época en que fué escrito: los comienzos del siglo.

«Mariano Latorre nos muestra con índice maestro en «La Desconocida», un aspecto del campo chileno.

«Luis Durand, que sigue las huellas de Latorre, cala en el campesino y hace surgir su corazón de un modo claro y directo en «La Picada».

«Salvador Reyes, el máximo representante del imaginismo, en «El último pirata», nos pone frente a las ansias marinas y la suave melancolía de un niño que acaso no sea otro que el mismo.

«La vida oscura y dramática del proletario de los puertos—hermano del proletario de las minas, del de los campos y del de las ciudades—está admirablemente insinuado en «Puerto Negro» de Juan Marín.

«Marta Brunet se ha especializado en el conocimiento de la psicología de las gentes de campo, de sus reacciones y las características finas y socarronas de sus espíritus. Buena prueba de ello es «Doña Santitos».

«¿Qué más? ¿No está comprendido en estos relatos el espíritu del hombre y de la tierra de Chile?

«Y ya no hay otra cosa que decir ni razón alguna para detener más al lector. Que entre en las páginas que seguirán, tranquilo, olvidándose incluso de lo que acaba de leer. ¿Para qué recordarlo por otra parte? Estos cuentos hablan por sí mismo con elocuencia propia, con una voz que se hace oír, quizá un poco áspera, pero que no es otra que la voz del país chileno, Luis Enrique Délano».

Hay que celebrar que Luis Enrique Délano haya aprove-

chado esta oportunidad para dar a conocer a algunos de nuestros cuentistas allá en Méjico. Pero aunque él diga que no hay nada más que decir, vemos que es mucho lo que se le quedó en el tintero. La principal razón del antologista, seguramente, es la escasez del espacio. Y es lástima que las pruebas no hayan sido suficientemente revisadas, pues los cuentos aparecen con una gran cantidad de «motes» que dificultarán la lectura, más que las raras palabras del criollismo chileno que se emplean en algunos de los cuentos de esta antología.

GOLONDRINA DE INVIERNO.

En el número anterior de esta revista, en las «Notas del mes» se hablaba precisamente de la falta de interés por la lectura de libros chilenos que existe en nuestro público. Se mira desdeñosamente a la literatura de la tierra y en todas las librerías, a excepción de algunas muy contadas, que no pasan de tres o cuatro, las vitrinas se ven atestadas de libros de autores extranjeros que son comprados con gran interés por los lectores chilenos. Se siente orgullo de conocer hasta las obras más raras de un europeo y de desconocer totalmente a los chilenos. Cronin, Huxley, Bromfield, Somerset Maugham, Dos Passos, Sinclair Lewis, Maurois, Baroja etc., son ampliamente comentados por los lectores chilenos. Y eso sin duda está bien. Pero lo que no está bien es que se desconozca totalmente a Barrios, a D'Halmar, a Prado, a Lillo, a Marta Brunet, etc., etc.

¿Por qué ocurre esto? En Argentina por el contrario, vemos que si el escritor no tiene una situación económicamente holgada, por lo menos la gente que lee se complace en repetir muchas veces los nombres de Lugones, de Guiraldes, de Larreta y tantos otros. Aquí el desdén sigue adelante como si ello fuera una etiqueta de buen gusto. Y es un profundo error. Una tonta y cursi prevención, porque nuestra literatura tiene ya valores que harán un papel de primer orden en cualquiera parte donde se les conozca.